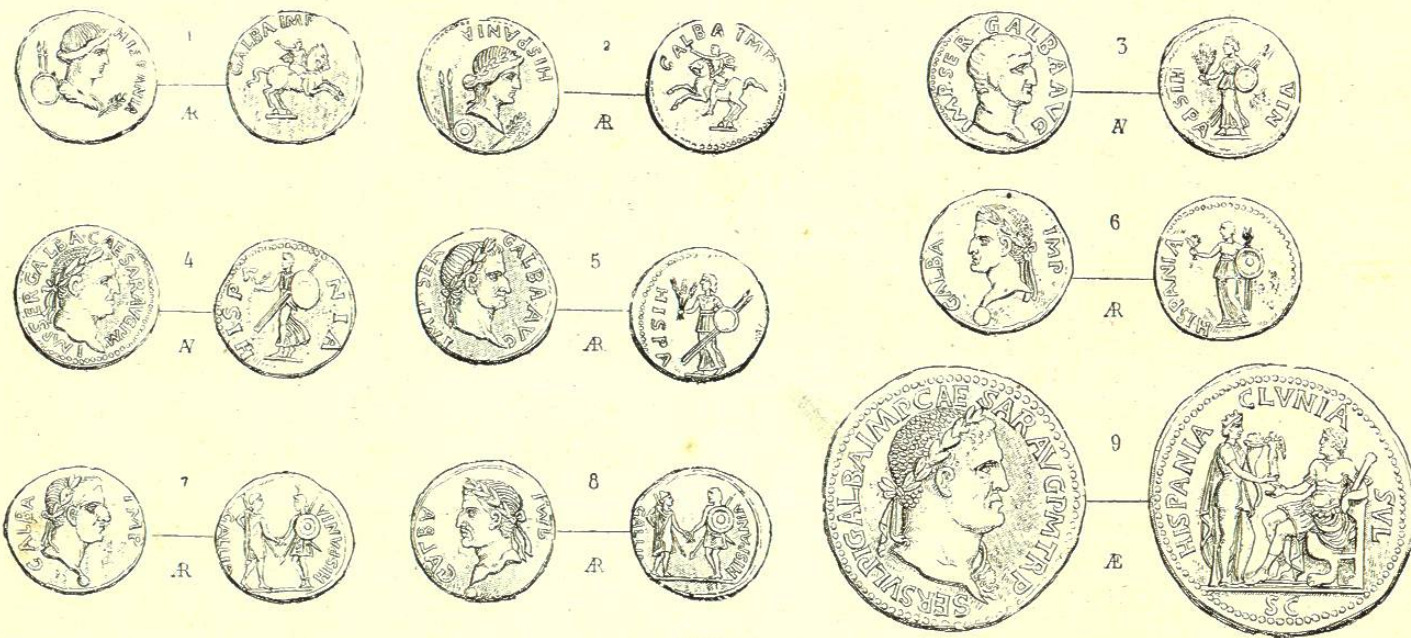


Galba hubiera pasado por el mejor emperador posible, si no hubiera llegado á serlo. Pero el emperador romano estuvo lejos de ser el gobernador de la Tarraconense. Rodeado de tres oscuros aduladores que el pueblo llamaba sus pedagogos, ejecutó crueldades que debieron de no parecer mayores á estar tan reciente la memoria de las de Neron. España, que tanto había contribuido á su elevación, fué tratada con ingratitud, gravada con exorbitantes impuestos, y condenados á muerte muchos de los que le habían servido de escala para subir al poder. Condújose lo mismo con los pretorianos que le allanaron el camino del trono. Cuando se le presentaron á reclamar la recompensa ofrecida, les contestó: *Yo dijo mis soldados, no los compro*. Palabras dignas de un emperador, si este emperador no fuese el mismo que había querido comprarlos. No



GALBA

España había comenzado su engrandecimiento y quiso engrandecerla también, agregando á la Bética las costas de África bajo el nombre de *Hispania Tingitana*.

Entre tanto, habiendo aprendido los soldados que ellos eran los que hacían emperadores, quisieron los de Germania, á ejemplo de los de España, tener también su emperador, y nombraron á Vitelio. Othon se suicidó. Una noche se acostó diciendo: *Añadamos esta noche más á nuestra vida*. Colocó dos puñales debajo de la almohada, y á la mañana siguiente hallóse solo un cadáver en su lecho.



VITELIO

Vitelio solamente se hizo notable por su glotonería. Hasta repugnantes son las descripciones que se hacen de sus comidas y banquetes, y de los medios que empleaba para excitar su estragado apetito. Poco le duró también aquella vida de brutales deleites. A ejemplo de los ejércitos de España, de las Galias y de Germania, las legiones de Oriente habían proclamado á Vespasiano. Los parciales de uno y otro llegaron á pelear dentro de la misma Roma. Vitelio se escondió en un lugar inmundo de su propio palacio, acompañado de su cocinero y su panadero, dignos secuaces de tal emperador. Sacáronle de allí los soldados, y entretuviéronse en pasearle todo lo largo de la Via-Sacra, con una soga al cuello, las manos atadas á la espalda, y desgarrados los vestidos, entre la gritería de la muchedumbre, que ya le arrojaba inmundicias, ya le llamaba á voces ebrio y gloton, á cuyos ultrajes respondía él: *A pesar*

faltó quien lo hiciera, ya que él les había enseñado que podían venderse. Creyéndose también Othon mal correspondido, aquel mismo Othon que siendo gobernador de la Lusitania puso á disposición de Galba sus tropas, y aun le regaló su rica vajilla para que la convirtiera en moneda, sedujo aquellos mismos soldados, y con ellos asesinó á Galba en la plaza pública. El septuagenario emperador alargó el cuello á los asesinos, diciéndoles: *Herid, si mi muerte es útil al pueblo romano*. No desarmaron estas palabras á los soldados, que se cuidaban poco de que su muerte fuese ó no útil al pueblo. Imperó Galba siete meses.

Proclamado Othon emperador, pueblo y soldados, caballeros y senadores, fueron con humilde bajeza á besarle la mano y á prodigarle títulos y honores. Othon tuvo presente que en

*de todo he sido emperador vuestro*. Quitáronle luego la vida, y después de pasear su cabeza clavada en una pica, arrojaron su cuerpo al Tiber (69). A tal degradación había venido en poco tiempo la dignidad imperial. Iban ya ocho emperadores, y los seis habían muerto desastrosamente. ¡Desgraciada Roma, y desgraciada España, que seguía su suerte!

Afortunadamente, tras de tantos vicios, tras de tanta corrupción y desorden, vino un período de reposo y de consuelo al mundo. Trájolo Flavio Vespasiano, el único que al revés de todos los que le habían precedido, se hizo mejor desde que ascendió al trono. Indiferente, y aun desafecto á los títulos pomposos, modesto y sencillo en sus costumbres, él mismo hablaba muchas veces de su humilde nacimiento; enemigo de derramar sangre humana, lloraba cada vez que se veía en la necesidad de pronunciar una sentencia de muerte. España se había pronunciado por su partido, y más agradecido que Galba, la remuneró concediendo á los españoles los derechos latinos. Reconocidas á esta honra muchas ciudades, tomaron el nombre de *Flaviae*, como en otro tiempo habían tomado el de *Julias* ó *Augustas*. De este número fueron *Flaviobriga*, *Aqua Flavia*, *Iria Flavia*, *Flavium Brigantium*, y otras muchas que pueden verse en nuestro catálogo. Debióle también España la construcción de varios caminos, puentes y monumentos públicos. Y no falta quien suponga obra suya una de las más maravillosas que en España se conservan, y que por la grandiosidad de sus proporciones y por las dificultades vencidas para su ejecución, excita el asombro de cuantos la visitan: hablamos del famoso acueducto de Segovia, que los más, aunque sin fundamento seguro en que apoyarse, atribuyen á Trajano (1).

Uno de los más bellos presentes que Vespasiano hizo á España, fué haber enviado en calidad de cuestor á esta pro-

(1) Puede verse sobre esto la *Disertación histórica* sobre el acueducto y otras antigüedades de Segovia, de Somorostro.

vincia á Plinio el Mayor, que no solo desempeñó con celo sus funciones como procurador de la hacienda imperial, sino que hizo grandes mejoras en la Bética, visitó una gran parte de España, y estudiando á fondo sus diferentes climas y países, recogió en ellos abundantes materiales para su historia natural. Hizo además relaciones de amistad con los españoles más distinguidos, con los cuales siguió después correspondencia desde Roma, no perdiendo nunca su afección á España.



VESPASIANO

Realizóse en el reinado de Vespasiano una de las grandes profecías de los divinos libros, la destrucción del templo de Jerusalén y la dispersión de los judíos por todas las naciones de la tierra: terrible expiación impuesta á un crimen sin ejemplo. Su mismo hijo Tito, tan celebrado después por su piedad y dulzura, fué el que recibió la triste misión de destruir el templo y la ciudad y no dejar piedra sobre piedra. Fué este uno de aquellos grandes y terribles acaecimientos que forman época en los siglos, y que se imprimen indeleblemente en la historia del linaje humano. Millón y medio de israelitas perecieron en aquella célebre guerra; noventa y siete mil fueron hechos cautivos (1). Tito no pudo reprimir el llanto, al contemplar el miserable estado de Jerusalén, atada de cadáveres y convertida en ruinas. Los que quedaron con vida se diseminaron sobre toda la haz de la tierra, en cumplimiento de la terrible profecía. La Judea dejó de existir como nación, y España recogió en su seno una parte de aquellos fugitivos, que aunque perseguidos y anatematizados, habían, no obstante, de constituir una gran parte de su población por muchos siglos. Créese que se les señaló por primer asiento la ciudad de Mérida.

España conservó por mucho tiempo gratos recuerdos de Vespasiano (2). Murió este emperador el año 79, dejando por

(1) Justo Lipsio enumera detalladamente los que murieron en cada punto.—Joseph. de Bell. Jud. lib. VI.

(2) En el reinado de Carlos V, un paisano de las cercanías de Cañete la Real (el historiador Romé y la nombra equivocadamente por dos veces Canta la Real), descubrió una plancha de bronce con un curiosísimo rescripto de Vespasiano, que por lo interesante vamos á copiar traducido. Decía así: «César Vespasiano, Augusto, pontífice máximo, investido por la octava vez del poder tribunicio, de la autoridad imperial por la décima octava, cónsul ocho veces, saluda á los *cuatruveiros* y á los *decuriones* de Sabora. Vista la exposición que me habeis hecho de las dificultades y apuros que os agobian, os permito edificar la ciudad en la llanura bajo mi nombre como lo deseais. Mantengo los tributos que decís habeis recibido del emperador Augusto. Para todos los demás que querais percibir de nuevo, tendreis que presentarlos al procónsul: no quiero establecer nada en este género sin que sean oídos los interesados. He recibido vuestra petición al octavo día de las calendas de agosto. He despachado vuestros diputados al tercero. Pasadlo bien.—Hecha grabar en bronce por la solicitud de los dumviro C. Cornelio Severo y M. Septimio Severo, por cuenta del peculio público.»

Se ve aquí al emperador respondiendo desde la altura de su trono á la reclamación de un pueblo de España: se ve la brevedad con que la despachó, dando en esto ejemplo de actividad á los príncipes: el respeto á los privilegios concedidos por Augusto: su benevolencia hacia los magistrados de Sabora en creerles sobre su dicho, *que accipissis dicitis*: que había en España ciudades *stipendiatae*, esto es, que cobraban impuestos, y que una de ellas era Sabora: que para aumentar la cuota de estos tributos ó exigir otros de nuevo, el emperador quería que se oyera antes al procónsul y á los interesados.

Extrañamos por lo mismo que el P. Mariana, al referirse á esta inscripción, se contenta con decir que no le pareció ponerla, «ni en latín, porque no la entenderían todos, ni en romance, porque perdería mucho de su gracia. En nuestra historia latina, añade, la hallará quien gustare de estas antigüallas.»

sucesor á su hijo Tito, que aun aventajó á su padre en virtudes, y á quien los españoles llamaron *las delicias del género humano* (3). Éralo realmente el hombre que profesaba la máxima de que *nadie debía salir apesadumbrado de la presencia del príncipe*; el que si se acordaba de noche de no haber dispensado algún beneficio desde la mañana, exclamaba pesaroso: *He perdido el día*; el que al aceptar el pontificado declaró que desde aquel momento se conservaría puro de toda efusión de sangre; el que no permitía que se denunciara á nadie por haber hablado mal de su persona; el que fulminó nota de infamia contra los jueces venales y contra los gobernadores concusionarios; el que prohibió á los caballeros hacer el papel de histriones y degradó á un senador por haber bailado; el que reprimió la licencia pública, é hizo todo lo posible por restablecer la decencia de las costumbres.

La corta duración de su reinado no dejó tiempo ni á España ni á la humanidad de probar todos los efectos de la justicia y de la bondad de este príncipe. Pero la paz que gozaba le permitía entregarse á la cultura de las letras y de las artes, y á las dulzuras de la vida social. Poco más de dos años disfrutó el mundo de la felicidad con que comenzaba á regalarle este benéfico príncipe (81).

Parece que la Providencia quiso mostrar á la especie humana que aun no merecía príncipes tan buenos, y la castigó enviándole un Domiciano, que mas que de la familia Flavia y hermano de Tito, parecía de la raza de los Claudios y hermano de Neron. Jamás hubo hermanos más desemejantes que Tito y Domiciano. No cedió Domiciano ni en crueldad ni en desenfreno, ni en tiranía á ninguno de sus predecesores. Mataba por complacencia, y derramaba sangre por deleite. España volvió á sufrir las vejaciones y despojos de los gobernadores romanos: pero también tenía defensores celosos. Acusado un procónsul por sus rapiñas ante los tribunales, y llevada la causa á Roma, abogaron en favor de los españoles Plinio el joven y Herennio Senecio, natural de la Bética, é hicieronlo con tanto ardor y tales eran los excesos del acusado, que aun imperando un Domiciano, sufrió por sentencia del tribunal el secuestro de todos sus bienes.

Neron había dado el primer edicto de persecución contra los cristianos; Domiciano dió el segundo. Confundía con los cristianos á los matemáticos y filósofos, y los desterró á todos de Roma. Domiciano murió como morían los tiranos, y su muerte fué mirada como una felicidad para los pueblos (96). El senado decretó que su nombre fuera borrado de todos los monumentos públicos. Fué el último de los emperadores designados con el nombre de *los doce Cesáres*.

Sucedióle el anciano Nerva. ¡Lástima que su edad no le permitiera dar al mundo más años de felicidad y de justicia! Nerva abolió el crimen de lesa majestad aplicado á los emperadores por Tiberio, castigó á los delatores, dotó á España de magistrados sabios, embelleció á Córdoba con soberbios edificios, é hizo al morir el mayor beneficio que pudiera hacer á España: el de darle por emperador á un español, al insigne Trajano (98).

## CAPITULO II

Desde Trajano hasta Marco Aurelio

DE 98 Á 180 DE J. C.

Un español es el primer emperador extranjero que ocupa el trono romano.—Cualidades de Trajano.—Sus defectos.—Sus grandes virtudes.—Sus triunfos militares.—Columna Trajana.—Erige en España magníficos monumentos.—Famoso puente de Alcántara.—Justicia que hace el senado á los españoles.—Adriano emperador, español también.—Vasta ilustración literaria, científica y artística de Adriano.—Sus vicios.—Visita personalmente todas las provincias del imperio.—Viene á España.—Asamblea en Tarragona.—Independencia de los diputados españoles.—Exterminio de los judíos.—Feliz reinado de Antonino Pio.—Marco Aurelio el Filósofo, oriundo de España.—Grandeza y bondad de este príncipe.—Primeras irrupciones de los bárbaros del Norte.—Punto culminante del imperio romano.

Roma, aquel centro de corrupción y de desórden que se llamaba la capital del mundo, no tenía ya emperadores que

(3) *Humani generis amor et desiderium etiam viuis*: decía una inscripción conservada en Mérida.



dar que no fuesen déspotas y corrompidos. Pero había una provincia que estaba siendo nuevo plantel de grandes hombres, y allí se encontró el más digno de ceñir la diadema imperial. Esta provincia era España.

El viejo Nerva, en cuya cabeza encanecida estaban amortiguadas todas las pasiones menos el amor de la patria, había adoptado por hijo á Trajano, natural de Itálica, y quiso hacer el mayor bien posible al imperio y á la humanidad, dejándole por sucesor suyo. Así España puede blasonar de haber sido la primera que dió á Roma un emperador extranjero. Pero aun sería escasa gloria, si este emperador no hubiese sido el que mereció el dictado de *óptimo príncipe*, que ninguno antes que él había obtenido. Verdad es que Trajano tenía ya en su favor, mas que el testamento de Nerva, sus grandes y nobles cualidades para ejercer dignamente la soberanía imperial. No es que faltaran á Trajano flaquezas y vicios como hombre privado: afeábase su pasión al vino y á las mujeres; pero la sombra de sus malos hábitos como particular desaparecía ante el brillo de sus virtudes como hombre público: bien era menester que fuesen muchas, y lo eran realmente.

Hallábase el español ilustre en Colonia cuando fué aclamado emperador (99). Partió á Roma, donde hizo su entrada pública como un padre en medio de sus hijos. Marchaba á pié, al modo que había marchado siempre en las guerras de la Germania, confundiendo con los simples soldados como se confundía ahora entre la muchedumbre que se aglomeraba á saludarle y bendecirle. Así continuó siempre, sin que las lanzas de su guardia tuvieran que abrirle paso por entre las masas de un pueblo que le adoraba.

Trajano no necesitaba de estatuas; su presencia reemplazaba al mármol y al bronce; mas aunque las mejores inscripciones para él eran las alabanzas que salían de las bocas de sus gobernados, gustábase ver inscrito su nombre en las paredes de todos los edificios, lo que le valió el apodo de *Parietario*; flaquezas de que no suelen librarse los más grandes hombres. Sus liberalidades proporcionaban el sustento á dos millones y medio de personas. Cuando algunos le tachaban de pródigo en sus larguezas, en las sumas que destinaba al socorro de los pobres y á la educación de sus hijos, daba por toda respuesta: *Quiero hacer lo que yo, si fuese un simple particular, querría que hiciese un emperador*. Dedicóse á curar los males del despotismo y las llagas de la anarquía. *Toma esa espada*, le dijo al prefecto del pretorio: *esgrímela en favor mio si cumplo con mi deber, en contra si á él faltase*. Propendiendo siempre en la administración de justicia á la indulgencia y á los sentimientos humanitarios: *Preferio, decía, la impunidad de cien culpables á la condenación de un solo inocente*.

Menos instruido que vigoroso y enérgico (1), distinguióse su reinado por un carácter belicoso que había faltado á los de sus antecesores. Triunfó en la Dacia, subyugó la Asiria, combatió á los parthos, venció varios reyes, llegaron sus ejércitos hasta la India, y para monumento perpetuo de sus victorias se erigió en Roma la famosa *columna Trajana*, formando para ello una plaza magnífica en terreno que antes ocupaba una montaña de ciento cuarenta y cuatro piés: su inauguración se solemnizó con espectáculos que duraron ciento veintidós días, y en que murieron más de mil fieras. Llegó con él al apogeo de su grandeza el imperio romano.

El país natal de aquel grande hombre no podía menos de ser especialmente favorecido. España, que no había tomado parte en aquellas apartadas guerras, vió florecer las artes á la sombra de la paz y del gobierno paternal y protector de Trajano. Construyéronse caminos nuevos, reparáronse los antiguos, levantáronse edificios y monumentos soberbios, tales como la ostentosa columna de Zalamea de la Serena, la grandiosa Torre d'en Barra en Cataluña, el Monte-Furado y la Torre de Hércules en Galicia, el circo de Itálica, y el magnífi-

(1) No sabemos de dónde pudo sacar Mariana que Trajano fué discípulo de Plutarco, no hallándose noticia de ello en ningún autor antiguo. La carta del filósofo al emperador á que él se refiere, tiénese por apócrifa. De la escasa instrucción de Trajano da testimonio Juliano, y á ello atribuye el que se sirviera siempre de Sura para escribir sus cartas.

co y asombroso puente de Alcántara sobre el Tajo, no menos admirable que el que hizo construir sobre el Danubio (2).

También experimentaron los españoles que la justicia reinaba en el imperio de Trajano. Cecilio, procónsul de la Bética, se había hecho odioso y criminal por su tiranía y sus deprecaciones. Las ciudades llevaron su acusación al senado: sostuvo por segunda vez la causa española Plinio el Joven: elocuente y vigorosa fué su oración, los cargos graves, los capítulos de acusación plenamente probados. Cecilio, temeroso de la sentencia, prefirió el suicidio al castigo que le aguardaba: el senado mandó restituir á los pueblos todos los bienes que les habían sido arrebatados ó injustamente confiscados: los cómplices del procónsul fueron condenados á largo destierro, y á la hija de este dejáronsele solo los bienes que su padre poseía antes de ir á España. Plinio en esta ocasión (104) dió una nueva y brillante prueba de sus simpatías hacia los españoles, y estos le cobraron nueva afición y cariño.

Sensible es que este príncipe, honor de España y del imperio y que con tanta justicia mereció el renombre de *padre de la patria*, desmintiera su habitual dulzura con las persecuciones que ordenó contra los cristianos, cuyas doctrinas se iban propagando ya en aquel tiempo por el Occidente. Menester es no obstante advertir que la enemiga de algunos emperadores hacia los cristianos no nacía tanto en ciertas ocasiones de odio á sus creencias como de hacerles creer los pretores que eran peligrosos al Estado, y de representárselos como miembros de asociaciones prohibidas por la ley.

Murió este gran príncipe en el año 117 de Cristo, después de un reinado de diez y nueve años y medio. Sus cenizas fueron depositadas debajo de la columna Trajana destinada á recordar sus triunfos á la posteridad. Dos siglos y medio después, cuando los romanos saludaban á un nuevo emperador, le deseaban que aventajara en felicidad á Augusto y en *virtudes á Trajano* (3).

Otro español, Elio Adriano, deudo suyo, y oriundo de

(2) Entre las muchas y suntuosas obras con que Trajano enriqueció y embelleció á España es una de las más sorprendentes (dado que el acueducto de Segovia no fuese obra suya también, como sospechan muchos), el puente de Alcántara que acabamos de citar. Puede verse su descripción en el tomo del Viaje de España de don Antonio Ponz correspondiente á Extremadura, en las notas de Sabau y Blanco á la historia de Mariana, tomo III, en el artículo ALCÁNTARA del Dicionario geográfico de Madoz, y en otros muchos lugares. Aquí se encuentran también las inscripciones que antes habían copiado ya Florez en el tomo XII de su España Sagrada, Morales en el lib. IX de las Inscripciones, Masdeu en el tomo VIII de su Historia Crítica, y muchos otros autores. Nosotros copiaremos solo traducida, por parecernos la más importante, la de la capilla ó templo hoy de San Julian, que empieza *TEMPLEUM IN RUPE*, etc.

«Este templo, fabricado sobre una roca del Tajo, está lleno de culto y veneración de los dioses y del César, y en él la grandeza de la materia vence al primor del arte. Por ventura dará cuidado á los pasajeros, que siempre gustan de cosas nuevas, saber por quién y con qué fin se ha hecho. Sepan, pues, que Lacer, que acabó este puente de extraordinaria grandeza, hizo el templo para ofrecer el sacrificio á los dioses y tenerlos propicios y favorables. Lacer, que hizo el puente, dedicó también el templo, porque ofreciendo dones á los dioses se aplacan y alcanza su favor. Lacer, insigne en el arte divino de la arquitectura, hizo este puente, que ha de durar por los siglos del mundo: el mismo Lacer hizo el templo en honra y reverencia de los dioses de Roma y del César. ¡Dichoso uno y otro motivo de este edificio sagrado! Cayo Julio Lacer hizo y dedicó este templo con el favor de Curio Lacon, natural de Idaña.»

Parece que no debe quedar duda de quién fué el arquitecto que dirigió el famoso puente; así como otras inscripciones expresan bien claramente haberse dedicado á Trajano.—Sobre las *Antigüedades extremeñas* puede consultarse la obra moderna que con este título ha publicado el anticuario don José Viu.

Acerea del acueducto de Segovia se hallan minuciosas y muy apreciables noticias en la historia de Colmenares, y en la obra antes citada de Somorostro.

La naturaleza de nuestra historia no nos permite detenernos en las descripciones de la parte monumental, ni podemos ni nos proponemos hacer otra cosa que mencionar ó indicar las más notables, en cuanto es necesario, para dar idea del progreso ó decadencia de España en este punto. Los que deseen noticias más circunstanciadas sobre esta materia pueden consultar las obras arqueológicas ó artísticas que de propósito la tratan.

(3) Eutrop. lib. VIII.

## ACUEDUCTO DE SEGOVIA

Este acueducto, que sin disputa alguna puede calificarse de verdadero monumento, es una de las obras más maravillosas de la antigüedad, causando admiración contemplar aquellos pilares tan elevados, aquellas piedras tan grandes y tan estrechamente unidas, la prolongada extensión que recorre, y la gran cantidad de agua que conduce y que tiene su origen en las fuentes que dan nacimiento al riachuelo llamado Riofrio.

Los arcos del acueducto empiezan con poca elevación desde la Caseta, y sostienen una gruesa pared de mampostería, sobre la que está colocada la canal que sigue por toda la obra arqueada hasta llegar á la plazuela de San Sebastian; continúa luego por el Seminario conciliar, y de aquí, ya cubierta bajo el piso de las calles, lleva el agua al Alcázar. Desde dicho punto de la Caseta hasta el primer ángulo, tiene 25 piés de elevación y 216 de longitud, y desde aquí al segundo ángulo, frente á la iglesia de la Concepción, 28 piés de elevación y 553 de longitud. Corre luego la obra de Este á Oeste, y llegando al tercer ángulo, junto al que fué convento de PP. Franciscos, tiene 44 piés de elevación en el pilar doble y 973 de longitud. En esta parte del acueducto están los arcos que se reedificaron á principios del reinado de doña Isabel la Católica, por un fraile del convento de Peral, llamado Pedro de Mesa; los arcos reedificados fueron treinta y cinco, y la obra se hizo con tal perfección, que hoy apenas se distinguen de los antiguos. Es verdaderamente un esfuerzo del arte la obra de este ángulo, pues el pilar que lo forma hace una curva, con la que varía la dirección del acueducto de Sur á Norte, con una pequenísima inclinación al Oeste.

Tiene 20 piés de frente y 44 de elevación. Aquí es donde principian los dos admirables órdenes de arcos, presentando la obra toda su grandeza, y sigue hasta la muralla, por donde entra el acueducto en la ciudad. En el primer orden hay 43 arcos, y el primero está destruido hace muchos años; en el segundo hay 47, y la elevación es proporcionada al declive ó inclinación que toma el cerro, para descender á la plaza del Azoguejo, y el que vuelve á tomar desde aquí para subir á la muralla. En el arco por donde se entra á la calle de San Antolin, tienen los pilares 91 piés de elevación, y en dicha plaza del Azoguejo, que es el sitio de la mayor altura, 102: desde San Francisco hasta la muralla, hay 386 piés de longitud, y la total extensión del acueducto es de 2,621, con 114 arcos en el primer orden y 47 en el segundo. El grueso de los pilares, todos cuadrados ó cuadrilongos, es muy variable, habiéndolos desde 7 piés á 22; pero tan notable diferencia llega á ser imperceptible, vista la obra en conjunto. Sus cimientos están á la profundidad de 14 piés.

Para que el agua tuviese movimiento más acelerado dieron sus artífices á toda la obra un pié de declive por cada 100 de longitud, de manera que desde el punto de la Caseta hasta el último arco hay 29 piés de inclinación. Los lechos de las piedras entre sí tienen tan exacta unión, que parece incomprensible cómo pudieron juntarse unas á otras tan estrechamente, no teniendo trabazon de hierro, argamasa, cal, ni arena que formen mezcla, y es lo cierto que ninguna obra de semejante antigüedad se ha conservado tan bien, llenando el objeto á que fué destinada.